

Contrastes de EE UU. Vídeo en la sección multimedia de www.elcorreodigital.com

Crisis económica mundial



WALL STREET. Dos 'brokers' frente a la bolsa de Nueva York, el corazón del capitalismo. / FOTOS: JAKE PRICE

En Nueva York los restaurantes siguen llenos de representantes de la lujuria recién abortada, pero en la calle principal de cada pueblo de EE UU la crisis ha dejado una ristra de miseria

De Wall Street a Main Street

MERCEDES GALLEGO ENVIADA ESPECIAL. YAZOO (MISSISSIPPI)

Meses antes de que Wall Street se derrumbase bajo el peso de las hipotecas impagadas, Main Street había sucumbido a la crisis. Hay un Main Street en cada pueblo de Estados Unidos, la calle principal donde se concentran los comercios. Elegimos el de Yazoo, en el estado más pobre de la unión, Mississippi, para mostrar que la crisis «no llegó la semana pasada de la noche a la mañana», en palabras de Helen Nicholas, la propietaria de una tienda de regalos. «Llevamos tiempo sangrando», confiesa mientras en Nueva York los restaurantes de lujo siguen repletos de ejecutivos trajeados, exponentes de la lujuria que ha puesto contra las cuerdas al sistema financiero mundial.

Fueron muchos meses de ver subir el recibo de la hipoteca, el precio de la gasolina y la cuenta del supermercado antes de que la gente sucumbiera al embargo que deja sin casa a 10.000 familias cada día en EE UU y que, ahora, ha colapsado la línea de crédito en los mercados.

Helen, de 80 años, recuerda que cuando abrió la tienda al morir su marido su hija tenía tres años «y

por esta calle no podías ni caminar, tenías que ir sorteando a la gente». Hoy está desierta. Ventanas rotas, carteles de 'se vende' y una música de ascensor que resuena fantasmagórica por los altavoces que ha puesto el Ayuntamiento en la calle para atraer clientes. Más de la mitad de los comercios han cerrado, incluyendo el banco frente a la tienda de regalos de Helen, que le proporcionaba unos 27 clientes fijos. La clausura de esa sucursal de

Bank Plus marcó el año pasado un hito en el declive. Era el motor de todos los préstamos, las hipotecas y los asuntos legales de una zona comercial bajo amenaza de extinción, como casi toda la América rural a la que intenta salvar el Congreso con el rescate de Wall Street.

Sin clientes

La anciana dice que siempre ha tenido «dos o tres» empleadas que le ayudaban con la tienda. Ahora no

cuenta con ninguna. Como Tom Milner, propietario de un establecimiento de muebles en la otra esquina —eso es lo que hay que caminar para dar con otro local abierto—, que en los últimos cuatro meses se ha visto obligado a deshacerse de tres trabajadores. «Y el que me queda es porque es un tipo capaz de hacer de todo, me costaría más despedirlo que mantenerlo», explica. «Por ejemplo, el sábado, que no tuvimos ni un solo cliente, me estuvo cambiando

la 'zapatilla' del freno del camión de reparto, y si lo hubiera tenido que llevar al taller me habría costado 100 ó 200 dólares».

Ni un solo cliente. Esta semana lleva siete. Antes en un día normal solía tener 50 «clientes de verdad, de los que compran». Ahora lo único que arde es el teléfono, porque la gente ya no quema gasolina para mirar tiendas, sino que llama antes para averiguar si tienen exactamente lo que busca.

Sueños de tiempos pasados

M. G. YAZOO

En Nueva York o en Londres, los expertos están escribiendo la elegía de un modelo financiero que ha dominado el capitalismo salvaje del siglo XX. En Washington, Barack Obama ha declarado que esta «catástrofe económica» es «el veredicto final de un sistema en el que hasta la mínima regulación de sentido común se consideraba innecesaria». En Main Street lanzan miradas nostálgicas a una edad dora-

da que, temen, «nunca volverá».

«Me acuerdo de cuando no teníamos que echar la llave a la casa ni pensar de dónde íbamos a sacar la próxima comida», evoca Sharon Khun. ¿Esperanza de futuro? «¡Mira a tu alrededor!», contesta con los brazos abiertos en un gesto de desesperación. «¿Tú crees que esto es una ciudad?». Señala a una hilera de casas apuntaladas con ventanas rotas y carteles de 'en venta', en lo que debe ser el corazón comercial de una ciudad de casi

30.000 habitantes.

Para ella, que el banco ya no dé créditos supone poco a nivel personal, pero sabe que el que los negocios sigan cerrando y se quede más gente sin empleo aumentará la delincuencia rampante. Y Tom Milner, el dueño de la casa de muebles de Main Street, intuye que eso es inevitable. «Mi madre abrió esta tienda en 1969. ¡Hasta en la recesión de los 80 seguíamos teniendo buen negocio! Y no ha sido hasta el último año cuando hemos vis-

to desplomarse la economía. Ahora estoy muy preocupado porque sé que lo que está pasando en Wall Street va a caer sobre nosotros en efecto dominó. Ya hemos despedido a los empleados de los que podíamos deshacernos. Ahora soy mi propio contable, mi montador y mi chico de reparto. Cuando la gente se dé cuenta de que no puede seguir haciéndolo todo sola, tendrá que cerrar».

Helen Nicholas creció en una plantación donde su padre «era un buen cristiano que les pagaba la factura del médico» a los negros que trabajaban para él. Su marido participó en el desembarco de Normandía. En su vida lo ha vis-

Crisis económica mundial

Cuatro expertos tratan de arrojar algo de luz sobre una situación que tiene sobrecogido y desconcertado al mundo económico

Claves de un terremoto con difícil diagnóstico

ANA BARANDIARAN BILBAO

La locura se ha apoderado de los mercados. El hundimiento de Wall Street el lunes, después de que el Congreso rechazara el plan de rescate de George W. Bush, vaticinaba un desastre para ayer. Pero no hubo hecatombe. Las bolsas europeas aguantaron bien la jornada e incluso algunas plazas cosecharon notables ganancias. ¿Alguien lo puede explicar? Los expertos consultados por EL CORREO hacen un esfuerzo por descifrar este aparente absurdo.

Su análisis es bastante similar. Todos coinciden en criticar el papel desempeñado por la Administración estadounidense. Primero, por alimentar años de excesos en la banca y el mercado inmobiliario sin ningún control. Y luego, por su deplorable gestión de la crisis, con una actuación arbitraria e improvisada que ha terminado bloqueada en el Congreso. Con todo, confían en que el plan de rescate sea aprobado, lo que permitirá desatascar el mercado de crédito, que es el principal problema de hoy en día: nadie deja dinero a nadie, y así la economía no funciona. La expectativa de que al final se le dé luz verde permitió a las bolsas recuperar ayer el aliento.

Para Europa también reclaman medidas drásticas y consensuadas entre todos los países, aunque agradecen los mensajes enviados por distintos gobiernos en el sentido de que no dejarán caer en la quiebra a ninguna en-

tidad financiera.

JUAN MARI OTXOA
Fineco

«Te puedes cargar un banco en un día»

El lunes a la noche, a la vez que el Congreso tumbaba el plan de rescate de Bush y Wall Street se desplomaba, circulaba el rumor, difundido a través de mensajes de móvil, de que iba a quebrar un banco europeo con fuerte presencia en España. «Saca tu dinero de la entidad X», decía. Ayer no se cumplió el pronóstico y la firma en cuestión incluso subía en Bolsa. «Pero si se extiende el miedo y la gente se precipita a sacar su dinero, te cargas un banco en un día», explica Juan Mari Otxoa, de Fineco. Por eso, apunta, es necesario recuperar la confianza cuanto antes. «O habrá una interminable cadena de quiebras».

Para acabar con esta dramática desconfianza que está asfixiando el sistema financiero, pide una actuación sincronizada de gobiernos y bancos centrales, un mensaje especialmente dirigido a EE UU. «Es como si un cirujano se pone a discutir sobre diferentes métodos para operar cuando el paciente se le está muriendo», critica.

IDOIA BASTERRETxea
Norbolsa

«La intervención de los gobiernos europeos ha sido positiva»

Si ayer no hubo un cataclismo en

las bolsas, es porque diferentes gobiernos europeos, como el irlandés, enviaron el mensaje de que no iban a dejar caer a los bancos y que estaban dispuestos a salir a su rescate. En opinión de Idoia Basterretxea, de Norbolsa, su actuación fue clave para ganar tiempo y tratar de enderezar la situación. Aunque echa de menos medidas paneuropeas y una rebaja contundente de los tipos de interés por parte del Banco Central Europeo (BCE). Ahora, añade, urge aprovechar este balón de oxígeno para tratar de volver a la normalidad. Para ello es necesario reactivar cuanto antes el mercado interbancario –en el que los bancos se dejan dinero unos a otros– y también reformar la regulación sobre valoración de activos, para que no se tenga que hacer a precios de mercado.

JOSÉ CARLOS DÍEZ
Intermoney

«Dejar caer a Lehman fue un gran error»

Considera que a Estados Unidos no le queda más remedio que capitalizar los bancos, pero critica con dureza la actuación del Gobierno de George W. Bush. «No se entiende que decidiera salvar Bear Stearns y luego dejara caer Lehman Brothers. Es una irresponsabilidad», censura José Carlos Díez, de Intermoney. Al quebrar este último banco, explica, se ha disparado el pánico y ahora es necesario pedir a los contribuyentes 700.000 millones de dólares para devolver la calma.

«Pero lo peor de esta crisis financiera es su impacto en la economía real», advierte Díez. No hay financiación para las familias y las empresas. El resultado: la amenaza de una fuerte recesión.

ALBERTO MORILLO
Consulnor

«Urge reactivar el mercado de crédito»

El mercado de crédito es la gasolina para que la economía carbure. Y está paralizado. Nadie presta dinero a nadie al no confiar en que se lo vayan a devolver –ayer mismo quedó desierto una subasta del déficit de tarifa, un activo considerado muy seguro–. Por eso urge reactivarlo, ya sea con el plan propuesto por Bush u otra alternativa, sostiene Alberto Morillo, de Consulnor. Cuanto más tarde en normalizarse, advierte, más profunda será la recesión a la que nos enfrentamos.



SIN ESPERANZA. Sharon Khun se raciona el combustible.



MISSISSIPPI. Calle desierta en Yazoo, azotado por la crisis.

En la América dominada por los 'lobbies' automovilísticos y las autopistas que estrangulan las ciudades, la población se ha esparcido por los suburbios en torno a los centros comerciales de las afueras. Ya no se puede bajar a la esquina a comprar el pan. Sharon Khun acaba de ponerle cuatro dólares a su camioneta para poder ir al supermercado. Mientras lo cuenta, al atardecer, los mosquitos nos devoran y ella se disculpa. «No nos llega para comprar spray antimosquitos, lo siento». A sus vecinos de al lado les han embargado la casa. El cartel de 'se vende' cuelga de una ventana ya rota, porque lo único que bulle ahora en torno a Main Street es la delincuencia, el vandalismo y las drogas.

A Sahrón la embarga la vergüenza de su pobreza mientras nos relata sus penurias. Ya ni siquiera enciende el aire acondicionado por-

«Para el Gobierno es más importante llegar al bolsillo de los ricos que poner comida en nuestras mesas»

10.000 familias quedan cada día sin casa por los embargos

que no puede pagar el recibo de la luz. Y es ahí cuando se la ve tragar saliva y aguantar las lágrimas con un gesto de dolor. «Mi marido y yo tuvimos que poner dinero para pagar el funeral de mi primo, pero su hermano ahora ha tenido que pagar la mitad de nuestra factura de la luz para que no nos la cortaran. Ni siquiera puedo ir al médico, porque si no llevas cien dólares en el bolsillo no te atienden».

«No votaré»

¿El plan de rescate de Wall Street? Sharon se ríe con amargura. «Está claro que para el Gobierno es más importante llegar al bolsillo de los ricos que poner comida en nuestras mesas. ¿Por qué en vez de comprar la deuda a los bancos no se la compra a la gente para que pueda mantener sus casas?»

Y por eso, porque no cree que ningún Gobierno va a preocuparse por ella, no piensa votar el próximo 4 de noviembre ni a John McCain ni a Barack Obama. «No me voy a gastar el poco dinero que tengo para comida en gasolina para ir a votarles. Todo lo que cuenta es el voto de los ricos. Este país va cuesta abajo. Y muy rápido», sentencia.

to todo, «pero nunca a un presidente salir en televisión a decirnos que se van a perder las casas y los trabajos», subraya la mujer, propietaria de la tienda de regalos. «Ya soy demasiado vieja para preocuparme por mí, pero me preocupa qué va a pasar con mis hijos y mis nietos. Tuvimos una vida maravillosa, éramos felices. ¿Cómo va a ser la de ellos?»

Eddi Williams, un profesor de historia africana del vecino Tennessee, tiene la respuesta. «Lo que se ha acabado no es el capitalismo, sino la clase media. A partir de ahora sólo habrá ricos y pobres. Porque en medio de esta crisis seguro que hay gente llenándose los bolsillos».



BRUSELAS. Oficinas de Dexia, uno de los bancos salvados. / AFP